

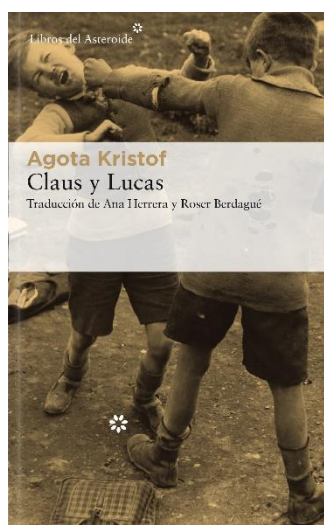


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

Claus y Lucas



Ágota Kristof

Murcia

Ágota Kristof

https://es.wikipedia.org/wiki/Agota_Kristof

Ágota Kristóf (Csikvánd, Hungría, 30 de octubre de 1935 - Neuchâtel, Suiza, 27 de julio de 2011) (en húngaro, Kristóf Ágota) fue una escritora húngara que residió en Suiza y escribió sus obras en francés, idioma que ella calificó años después como «la lengua enemiga» en su libro *La analfabeta*.



Kristof nació en Csikvánd, Hungría, el 30 de octubre de 1935. Fue hija de Kálmán Kristóf, maestro de escuela, y de Antónia Turchányi, profesora de artes. Con 21 años se marchó de su país cuando la Revolución húngara de 1956 fue aplastada por las tropas del Pacto de Varsovia. Ella, su marido (que había sido su profesor de historia) y su hija de cuatro meses escaparon a Neuchâtel, en Suiza. Tras cinco años de exilio y soledad trabajando en una fábrica de relojes, dejó su trabajo y se separó de su marido. Kristof empezó a estudiar francés y comenzó a escribir novelas en ese idioma. Kristóf señaló: "Dos años en una prisión de la URSS habrían probablemente sido mejores que los cinco años en la fábrica en Suiza.

Murió el 27 de julio de 2011 en su casa de Neuchâtel. Su legado está en los Archivos Literarios Suizos de Berna, Suiza.

Su obra

Sus primeros pasos como escritora fueron en el ámbito de la poesía y el teatro (John et Joe, *Un rat qui passe*), aunque sería su obra narrativa la que obtendría mayores reconocimientos. En 1986, aparece su primera novela, *El gran cuaderno*. La secuela, titulada *La prueba*, llegó dos años después. Hasta 1991 no aparece la tercera parte, bajo el título *La tercera mentira*. Los temas principales de esta trilogía son la guerra y la destrucción, el amor y la soledad, encuentros sexuales promiscuos, desesperanzados y en búsqueda de atención, el deseo y la pérdida, la verdad y la ficción. Ágota Kristof recibió el premio europeo a la literatura francesa por *El gran cuaderno*. Esta novela ha sido traducida a más de 40 idiomas.

En 1995 publicó una nueva novela, *Hier (Ayer)*. Kristóf escribió también un libro llamado *L'analphabète (La analfabeta)*, que se publicó en el 2004: se trata de un texto autobiográfico, que explora su amor por la lectura cuando era niña, y nos transporta con ella al internado, después a través de la frontera austriaca y hacia Suiza. Obligada a abandonar su país por el fracaso de la rebelión anticomunista, esperaba una vida mejor en Zürich.

OBRAS

Novelas

El gran cuaderno (Le Grand Cahier), 1986. Primera parte de Claus y Lucas. Traducción de Ana Herrera Ferrer.

La prueba (La Preuve), 1988. Segunda parte de Claus y Lucas. Traducción de Ana Herrera Ferrer.

La tercera mentira (Le Troisième mensonge), 1991. Tercera parte de Claus y Lucas. Traducción de Roser Berdagué Costa.

Ayer (Hier), 1995. Traducción de Ana Herrera. El Aleph, 2009. Traducción de Ana Herrera. Libros del Asteroide, 2021.

Cuentos

No importa o Da igual. Los veinticinco cuentos despiadados de Agota Kristof (C'est égal), 2005. Traducción de Julieta Carmona. El Aleph, 2008. Traducción de Rubén Martín Giráldez. Alpha Decay, 2021.

Teatro

John et Joe (1972).

La Clé de l'ascenseur (1977).

Un rat qui passe (1972; versión definitiva, 1984).

La hora gris y otras obras (L'Heure grise ou le dernier client, 1975; versión definitiva, 1984). Traducción de José Ovejero. Sitara, 2020

El monstruo y otras obras (Le Monstre et autres pièces, 2007). Traducción de José Ovejero. Sitara, 2020.

Memorias

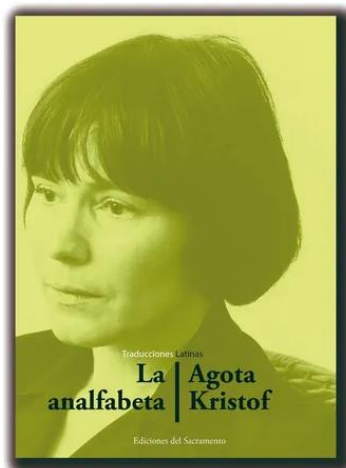
La analfabeta. Relato autobiográfico (L'Analphabète), 2004. Traducción de Juli Peredajordi Salazar. Alpha Decay, 2015.

Memorias

La analfabeta. Relato autobiográfico (L'Analphabète), 2004. Traducción de Juli Peredajordi Salazar. Alpha Decay, 2015.

Miscelánea

Où es-tu Mathias?, 2006. Incluye el relato homónimo y la breve pieza teatral «Line, le temps».



Leo. Es como una enfermedad. Leo todo lo que me cae en las manos, bajo los ojos: diarios, libros escolares, carteles, pedazos de papel encontrados por la calle, recetas de cocina, libros infantiles. Cualquier cosa impresa.

Tengo cuatro años. La guerra acaba de empezar. Vivimos en un pueblecito que no tiene ni estación, ni electricidad, ni agua corriente, ni teléfono.

(...)

Las ganas de escribir vendrán más tarde, cuando el hilo de plata de la infancia se haya quebrado, cuando vengan los días malos y lleguen los años de los que diré: «No me gustan». Cuando, separada de mis padres y mis hermanos, ingreso en un internado de una ciudad desconocida, donde, para soportar el dolor de la separación, sólo me queda una solución: escribir.

(fragmentos de [La analfabeta. Relato autobiográfico](#))

EL ARTE DE LO CRUEL

Hasta 1997 era, al menos en España, una escritora desconocida. Comenzó a publicar en 1986, a los 51 años. Su primera novela, 'El gran cuaderno', reveló a una autora descarnada, dueña de un mundo donde existe moral pero no bondad. A los 21 años huyó de Hungría y se instaló en Suiza, donde trabajó en una fábrica de relojes. Solitaria, insobornable y corrosiva, levantó a pulso una literatura de la crueldad

ANTONIO LUCAS | 4 MAYO 2015



Mientras Europa aún estaba bajo el síndrome de las verdes praderas, en una pequeña ciudad de Hungría, Csikvánd, Ágota Kristof llegaba al mundo en un parto difícil que vaticinó una áspera negociación con la vida. Era 1935. El nazismo aún no rugía. El estalinismo ya estaba licuando gente y París conservaba algo de centro planetario donde los artistas dejaban caer cada tarde la nalga pelada en los peluches de los cafés. La infancia de Ágota fue sencilla, fría, algo destartada, quizá con momentos de apetito insaciado. En su carácter se iba filtrando ese paisaje de noche más allá de la noche de los lugares oscuros. Por entonces, aquella muchachita encanijada y sin demasiados afanes aparentes no daba señales de literatura por ningún lado. Tan sólo respiraba y callaba, con el entusiasmo justo.

Pero por dentro, la pequeña Ágota iba tomando nota con los ojos y descifrando en voz baja lo que decían aquellos pocos libros que pillaba en las estanterías de casa. En una de esas búsquedas encontró un volumen de poesía y la calentura del hallazgo le inundó las sienes. Comprendió entonces que la

realidad era también un puente a derribar. Que la verdad estaba del lado de esos versos que decían la vida de otro modo, con algo de ácido concentrado y de emoción que descalabra lo que tan sólo es evidente. Agota Kristof entró en la poesía como quien busca un cobijo contra la tormenta, mientras Europa se iba jodiendo al galope. El nazismo devastó una parte y Stalin se encargó del resto. En 1956, con 21 años, aquella escritora secreta que llevaba una existencia sin relieve escapó de su país cuando la Revolución húngara fue aplastada. Un año antes se había casado con un profesor de escuela que luchaba contra el régimen prosoviético y había tenido una hija que, en el momento de la estampida, tenía cuatro meses. Escaparon a Neuchâtel, donde todo seguía siendo oscuro, extraño y vil. Kristof no hablaba francés ni alemán. No se entendía con nadie.

Agota se ocupó en una fábrica de relojes. De las de cadena de montaje. De las de tres turnos al día. Allí, para luchar contra la rutina mecánica y la insonorización de no manejar el idioma, comenzó a generar historias que le salían de la parte más blanda del cerebro y le hacían sigilosamente círculos concéntricos en la cabeza. Así pasó cinco años hasta que un día se quitó de encima temores y censuras poniendo el reloj de vivir a cero. Se divorció del modesto profesor. Cogió sus poemas adolescentes y comenzó a traducirlos lentamente al francés de madrugada, hasta que logró un manejo de la lengua como para permitirse escribir ya en ella. «Me planteé la literatura como algo personal, nunca pretendí llegar a nada. Escribía para mí cuando los niños se habían acostado y ya no había ruido en casa».

Agota Kristof era una de esas mujeres a quien nadie miraba por la calle. A quien nadie preguntaba la hora. A quien nadie invitaba a café. Pero acumulaba una literatura hecha con pediluvios de napalm que reveló su huella inflamable en 1986, a los 50 años, con un título que hizo voltear las córneas de muchos ante lo insólito de aquella señora con contorno de elfa. Esa primera novela lleva por título 'El gran cuaderno' (en España la publicó mucho después la editorial El Aleph). Y entonces comenzó lo bueno.

En su escritura asoma la molécula dolorosa de quienes han padecido demasiado sin hacer bandera del daño. Viene impulsada por una cólera que no es exactamente cólera, sino irritación por tanta crueldad, por tanta sin razón y por tanto hijo de puta convencido de ser un príncipe o un dios irremediable. Su fiereza alcanza en ocasiones un grado evangélico. Su soledad es la trinchera necesaria para poder mirar hacia fuera sin el aparejo de la sentimentalidad. «He estado casada dos veces y siempre me resultó insoportable. Supongo que quedarme sola está en mi naturaleza, y sospecho que es algo que no le sucede a todo el mundo», decía en una entrevista. Agota Kristof hizo del hielo su jurisdicción emocional con una rotunda ferocidad. Su rebelión es hacia dentro.

En 1988 publicó 'La prueba', segunda parte de una trilogía que remató en 1999 con 'La tercera mentira'. Al conjunto le dieron el título de 'Claus y Lucas'. Y con este ciclo narrativo se hizo un sitio en la literatura europea. Sus personajes son brutales, desolados, pero conservan un instinto moral conmovedor. La biografía

de Agota Kristof está tan desierta de aventura literaria como llena de arañazos y amarguras interiores. «La vida que no he vivido quizá hubiese sido mejor», decía. Su heterodoxia es la de no ser una heterodoxa de manual. Por fuera es una mujer normal, de las que aparentemente no tienen enemigos al alcance. Pero si uno se fija, acumula infiernos difíciles de precisar balanceándose en unas venas que en cualquier momento ponen la sangre a hervir. De algún modo, escribía sólo con lo puesto. Con las palabras desnudas por la parte del filo. La suya es una literatura casi autosuficiente: sólo necesitaba recordar la envergadura de sus espantos. Ese territorio sin sentimientos que retrata es, a su manera, el país mental que ella habitó. No hay distracción ni consuelo.

Uno imagina a Agota Kristof por las calles de Neuchâtel sin un alarde, casi en una secreta clandestinidad. Partidaria sólo de su propia visión despedazada de las cosas, en muchas ocasiones exacerbada pero verosímil. Para acumular un mundo expresivo tan fiero hay que estar muy desengañada y muy segura. Incluso tener una profunda sutileza para no ahogarse en la propia bilis. La independencia vital de esta dama dotada de una impecable rabia intelectual es una de las mejores lecciones de su aventura. No le debe nada a nadie. No le pide a nadie nada. Tampoco pretende el eco que con su obra consigue. Tan sólo es consciente de que algunos arañazos le sirven para redondear un párrafo impecable. Y a la vez nos unta el ánimo en su asimilación devastadora del ser humano, sin opción al consuelo.

Los últimos años de su vida los pasó casi enclaustrada en el escaso apartamento suizo en que escribió algunas de sus mejores piezas. Apenas podía ya pasear una hora al día. Lo demás era una dura convivencia con la normalidad, compensando los recuerdos con la certeza de que olvidar es traicionarlos. Lo más abominable, el lustro de la fábrica. Tuvo tres hijos y dos maridos. Nada fue comparable a la certeza de recuperar la libertad a última hora. Esteparia y silenciosa, Agota Kristof dejó rastros de su biografía en 'La analfabeta' (2004), el último de sus títulos de creación. Continuó con los poemas y algunos relatos, como en la juventud. Al morir, en 2011, dejó numerosa obra inédita. Ahí sigue.

La de Agota Kristof es una voz sin amo. La de una escritora que te da cuerda, pero nunca te empuja. No sabemos si creía o no en la especie humana. En cualquier caso, la desmitifica. No hay bondad. En el conglomerado de su soledad fue levantando un mundo de literatura purísima para combatir el descampado que es esta perra vida. El descampado del triunfo. El descampado del amor y sus escombros. El descampado de la amistad. El solar de los sueños rotos.

El orgullo de no traicionarse no aflora exactamente en las palabras ni en los gestos abruptos, sino que se trata de un monocultivo de vida interior que al final te llena los ojos de melancolía. Algo de esto sucede con ella. La vida no le fue noble, ni buena, ni sagrada. Pero ante la posibilidad del llanto escogió el escepticismo y una estética de la indiferencia que no le exige al lector fe o compromiso. Por eso es tan radical. Por eso esta gran mujer con esqueletura

diminuta alcanzó sin pretenderlo una altísima cumbre de la literatura. Su misión fue convertir en una obra de arte la sordidez de primera mano que la acompañó por tanto tiempo.

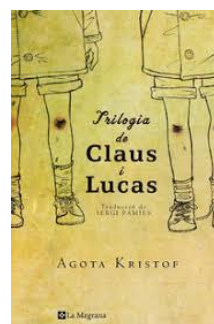
AGOTA KRISTOF, LA ESCRITORA A LA QUE NO LE INTERESABA LA LITERATURA

Un recorrido crítico a través de la trilogía “Claus y Lucas”, compuesta por las novelas *El gran cuaderno*, *La prueba* y *La tercera mentira*, de la autora húngara Agota Kristof (Csikvánd, 1935 - Suiza, 2011), en las que mediante la eficacia narrativa de un estilo sin efectos y casi sin afectos muestra el horror de la guerra —la Revolución húngara, 1956— y el absurdo humano, con personajes sórdidos, indiferentes y ambiguos.

EVE GIL | 28 JUNIO 2020

Agota Kristof era una joven casada con un profesor de historia que en sus tiempos libres leía en húngaro, la única lengua que conocía, pero que si experimentó el impulso de escribir, se lo guardó muy bien. De pronto, la Revolución húngara de 1956 fue aplastada por el Pacto de Varsovia y tuvo que salir huyendo junto con su esposo y su hija, una bebé de apenas cuatro meses, con rumbo a Suiza. De ser una chica cultivada pasó a convertirse en analfabeta, pues desconocía por completo las lenguas del idioma del país que la adoptaría: alemán, francés e italiano. Se vio forzada a trabajar en una fábrica para subsistir y, al cabo de cinco años de sufrimiento —discriminación, hambre, pleitos conyugales—, tomó la decisión de abandonar a su marido, llevándose a su hija, y de esforzarse por aprender el idioma elegido hasta dominarlo: el francés. Se encontraba a mitad de dicho proceso cuando se impuso escribir poesía y teatro en esa lengua.

Estos ejercicios, que resultaron más que válidos, le permitieron concretar una novela titulada *El gran cuaderno*, publicada en 1986. Objetivamente hablando, no es una obra maestra. La narración se siente un poco dislocada y presurosa, se advierte claramente la intención de “contar una historia” sin ocuparse gran cosa de los recursos literarios. Cuando en su segunda novela menciona a un sepulturero comiendo tocino con cebollas ante una tumba abierta, no pude evitar pensar que esa sería la forma más clara de describir el estilo de esta autora. Con todo, *El gran cuaderno* es una magnífica historia en la que, tal vez por la radical ausencia de poesía, las terribles vivencias que van fortaleciendo —o insensibilizando— a los protagonistas adquieren un realismo tosco y bárbaro. No se advierte ningún rasgo autobiográfico. No descartemos, sin embargo, que la autora haya conocido a un par de niños parecidos, o que les haya traspasado aspectos de su biografía, incluso de su personalidad.



Los gemelos de *El gran cuaderno*

Ante la inminente invasión de su país, nombrado con la inicial k., la madre de los gemelos, a quien se describe sencillamente como “una joven hermosa”, opta por suplicarle a la abuela de los críos que se haga cargo de ellos mientras puede regresar a recuperarlos. Esto, aunque salte a la vista que no existe ninguna relación afectiva entre ellas. La vieja campesina, que no luce como madre de “la joven hermosa”, se refiere a los muchachitos como “hijos de perra”. Con todo, termina quedándose con ellos. La actitud inicial de la abuela hace esperar una existencia infernal para niños y, aunque en principio son sometidos a duras faenas domésticas y bañados de insultos, no parece ser nada que Lucas y Claus no puedan soportar. Con el tiempo, se van volviendo indispensables –que no amados– para la malencarada anciana, quien, se dice en el pueblo, envenenó a su marido y lo sepultó en el jardín. A los chiquillos no parece importarles ni las leyendas en torno a la abuela (que podrían ser ciertas, pero tampoco les interesa), ni la forma en que se dirige a ellos. Comida no falta. Vino tampoco (los muchachitos son bebedores precoces y por la noche se escapan para cantar en cantinas de mala muerte). Poco a poco van edificando un mundo personal.

El gran cuaderno del título es su refugio y su trinchera. Un viejo cuaderno, adquirido en una polvorienta papelería, la única del pueblo, donde se han suspendido las clases por la guerra, aunque eso no afecta mucho a los gemelos que también son profesores uno del otro. Sus únicos amigos son ellos mismos. Lo más cercano que tienen a una amiga es una adolescente ninfómana y de escasa inteligencia, que cuida abnegadamente de su propia abuela e inicia a ambos en los escarceos sexuales. Siempre juntos, viven las mismas experiencias... de hecho, la historia es narrada por ambos, como si hablaran al unísono o fueran un mismo personaje o, más interesante aún, no se distinguiera quién toma el relevo sobre El gran cuaderno, uno de los aspectos destacables de la novela.

La muchachita flaca no es la única mujer que contribuye a su precoz incursión en el sexo y ellos simplemente se dejan llevar por la promesa de unas golosinas. Son tiempos de guerra, de habituarse al olor de la muerte. ¿Qué puede significar el sexo en una situación como ésta, en la que no se tiene la certeza de estar vivo al día siguiente? La madre cumple su promesa de regresar por ellos. Lo hace acompañada de un apuesto militar, que no es su padre, y un bebé en brazos: su media hermana. La abuela, que antes los acogió de mala gana, se niega a devolverlos. Los niños le suplican que se vaya tranquila, que están muy bien con la abuela. Pero la mujer insiste en llevárselos. Justo en ese instante estalla una bomba en el jardín. La abuela hace lo posible por impedir que contemplen aquella terrible escena de la madre y la hermanita destrozadas, pero ellos se las ingenian para rescatar los restos: “durante meses, pulimos y barnizamos el cráneo y los huesos de nuestra madre y del bebé, después reconstruimos con mucho cuidado los esqueletos uniendo cada hueso con trocitos de alambre fino ...” Los hermanos lucen indiferentes ante esta escena, aunque optan por conservar las osamentas de ambas. Los horrores continúan apilándose, y aunque no parezca ser la intención de la autora, la frialdad con que son narrados roza el humor negro.

Finalmente, uno de los hermanos toma la decisión de cruzar la frontera junto con otro recién llegado: el padre. No se sabe si fue Lucas o Claus. Dos años más tarde se publica *La prueba*, narrada en tercera persona y protagonizada por Lucas. Se asume que fue Claus quien logró escapar de la ciudad sitiada. Continúa viviendo en casa de su abuela y conserva su hábito de recorrer las cantinas y tocar la armónica a cambio de un tarro de cerveza.

De La prueba a La tercera mentira

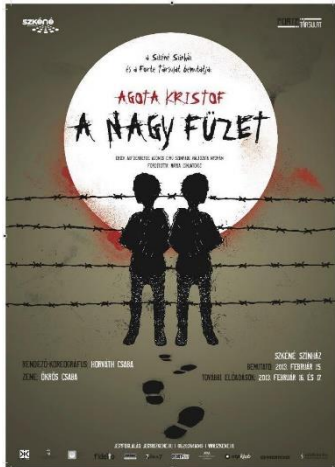
Aunque *El gran cuaderno* es una novela más emocionante, *La prueba* es mucho más emocional y se advierte un cambio considerable en el estilo narrativo de Kristof, pese a mediar sólo dos años entre la publicación de una y otra. Lucas es un personaje colmado de claroscuros y, por lo mismo, muy bien trazado. La amoralidad de la infancia nunca se esfuma del todo. Acoge en su casa a Yasmine, una joven con un hijito discapacitado, y acepta que ella le pague su amabilidad con sexo. Por otra parte, él mismo parece dispuesto a pagar con sexo un favor de Peter, un alto funcionario homosexual (aunque la palabra “homosexual” no se leerá por ningún lado), pero Peter resulta ser más honesto y rechaza la oferta, pese a encontrar muy hermoso a Lucas. Cuando Yasmine se marcha dejándole al niño (aunque se sugiere que ella no ha “huido”, sino que pudo ser víctima de un infortunado incidente), Lucas opta por conservar al niño y adoptarlo cuando termine la esperanza de que la madre regrese algún día. El pequeño Mathias, pese a su severa desventaja física, posee una inteligencia equiparable a la del añorado gemelo de Lucas, aunque con un candor del que Claus carecía. Impulsado por el amor paternal, Lucas compra la papelería en la que él y su hermano se surtían de cuadernos y lápices, y se muda a la casa mucho más amplia de Víctor, expropietario del negocio. Además, inscribe a Mathias en la escuela. El muchachito padecerá toda clase de abusos a manos de sus compañeros de clase, los cuales no reconoce ante su padre adoptivo (pese a regresar cada día con nuevos cardenales o marcas de puños) no por hacerse el valiente, sino porque teme que éste, en su afán de protegerle, le impida continuar asistiendo a clases. Lucas, nada tonto, parece leerle el pensamiento a Mathias y opta por hacerse visible como padre del niño de la manera más amable posible, y adapta la papelería como un lugar de recreo para chiquillos. No imagina que esta idea, que al principio da buenos resultados, terminará en tragedia para Mathias y, por ende, para él mismo. Lucas, que había mostrado poca compasión hacia hechos espantosos que afectaron a seres muy cercanos a él, no consigue recuperarse de este golpe y opta por abandonarlo todo sin mirar hacia atrás. Casi al mismo tiempo retorna, cargando un pesado costal de temores y culpas, relacionadas con su ciudad adoptiva, pero también con la natal. Su principal motivación para volver es reencontrarse con su gemelo. En este punto termina *La prueba* y comienza *La tercera mentira* (1992), escrita con un carácter mucho más lúdico que sus antecesoras, y si bien comienza justo donde concluye la anterior, advertiremos, no sin sorpresa, cómo su trama toma direcciones contradictorias, al grado de casi negar las historias previas. No creo que sea

casualidad que aparezcan personajes con nombres idénticos a los de personajes de *El gran cuaderno* y *La prueba*, que resultan ser personas completamente distintas. En medio de la frenética búsqueda de su gemelo, de quien la gente le ofrece versiones contradictorias, se nos presenta la posibilidad de que Claus sea en realidad Lucas, es decir, que hayan pactado intercambiar identidades en algún momento que nunca se especificó. Más aún: que no se trate de gemelos, sino de un solo personaje que lleva ambos nombres: Lucas Claus.

El sentido del sinsentido

Estas tres novelas, reunidas recientemente en un solo tomo por Libros del Asteroide, con la traducción de Ana Herrera y Roser Berdagué, además de presentarnos múltiples facetas de la guerra que asoló el país natal de la autora, son una muestra fehaciente de su evolución como escritora. Lo que no cambia de un libro a otro es la sordidez con que Kristof expone los horrores de la guerra, sin escatimar el tipo de palabras hechas para narrar lo inenarrable. Ella lo atribuye a su gusto por la dramaturgia, que parece superar al de las novelas: “Diálogo puro. Lo justo, sin relleno ni grasa. ¿Para qué dar vueltas? ¿Para hacer literatura? No me interesa la literatura.” Poco antes de morir, el 27 de julio de 2011 ya había dejado de escribir pues, según declaró en alguna entrevista, “no tengo ganas, no le encuentro sentido”.

ADAPTACIÓN CINEMATOGRAFICA



[El gran cuaderno \(A nagy füzet, Hungría, 2013\)](#)

Dirección: János Szász

Guion: Agota Kristof, András Szekér, János Szász

Basada en *El gran cuaderno*, de Agota Kristof

Dos gemelos son enviados a un pueblo remoto donde vive su abuela para que puedan estar a salvo durante la guerra. Sin embargo, descubren que la aldea puede no ser tan segura como creen cuando los residentes de la aldea los golpean.



[\[VER TRÁILER\]](#)

Seguramente mi forma de escribir viene del teatro. Diálogo puro. Lo justo, sin relleno, sin grasa. ¿Para qué dar vueltas? ¿Para hacer literatura? No me interesa la literatura.

(Entrevista en El País, 2007)

